

EN FAMILIA

La Euskaltzaindia cumple noventa años y, como preparación de la celebración institucional, ha querido organizar, en familia, esta reunión interacadémica, que nos permite compartir experiencias y proyectos.

Digo “en familia”. Porque ese carácter familiar tiene la relación que desde antiguo viene manteniendo la Real Academia Española, como decana, con las Academias de las otras lenguas de España aquí presentes: la Real Academia Gallega, el Institut d’Estudis Catalans y la Euskaltzaindia. No podía ser de otro modo, tanto por la tradición histórica lingüística de España como por la tradición de la propia institución académica.

No es necesario explicar aquí la vinculación del romance, en sus balbucesos, con la zona euskerica cuyas hablas dejaron huella permanente en nuestra lengua. Por todos los caminos de la repoblación en la Reconquista quedan en el corazón del viejo Reino de León y de Castilla nombres vascos y testimonios de la convivencia. Como quedan en zonas del País Vasco vestigios de romanización que se entrelazan con topónimos romances. Del rey Alfonso el Sabio a Rosalía, Valle Inclán, Cela, Torrente Ballester, Cunqueiro o Carlos Casares se engarzan hilos que han ido tejiendo la convivencia de los dos romances. El mismo caso de Cataluña en el que la mejor lección de relación la impartió *urbi et orbi* y para siempre Miguel de Cervantes.

Quisiera, en cambio, explicitar el impulso que para esa relación familiar que vivimos y que hoy nos reúne aquí, nos llega de la propia naturaleza de la institución académica.

Cuando, rebelándose frente a la prosa del mundo, Hegel añoraba la Grecia clásica como espacio ideal de vida, pensaba sin duda en aquel paseo ateniense jalonado de olivos y laureles, que fue propiedad de Academos y por donde Platón conjugaba el logos con sus discípulos. Nada tiene de extraño que, siglos más tarde, el retorno del orden antiguo alimentado por la utopía renacentista trajera consigo el renacimiento de las Academias como espacio del culto a la palabra. Es verdad que algunas de ellas derivaron con el tiempo

hacia el mero cultivo de la verbosidad y el ingenio. Pero una corriente pura remansaba en otras aquella fe humanista del Renacimiento en la palabra como fundamento de todo saber, de toda ciencia y del mejor orden social. “Para el colmo de nuestra felicidad y cumplimiento de todos los bienes —decía Nebrija—, ninguna otra cosa nos falta sino el conocimiento de la lengua en que no está solamente fundada nuestra religión y república cristiana, mas aun el derecho civil y canónico [...]; la medicina [...]; el conocimiento de todas las artes que llamamos humanidades porque son propias del hombre en cuanto hombre”. Es la conocida doctrina de Valla sobre las artes liberales, como artes que, fundadas en la palabra, hacen al hombre libre. Y es —me importa subrayarlo— la misma doctrina en que, en concreto, se sustenta la carta fundacional de nuestra Academia.

Todo está hecho de palabras —ha escrito Octavio Paz—, todo: los imperios, los estados, las sociedades de cualquier naturaleza. Y cuando la palabra se corrompe, todo ello sufre. De ahí que, superando aquella deriva de mero verbalismo e ingenio, y, en otro orden de consideración, el ambiente de club elitista y cerrado, las Academias, a partir de la Ilustración, hayan remontado el curso de la tradición para entroncar, a través de la doctrina humanística, directamente con Platón y su sueño político de la construcción de la “ciudad las palabras”.

Hablamos porque nos necesitamos. La palabra rompe nuestro aislamiento egotista para ponernos en relación; del mismo modo que la palabra, el nombre de cada cosa, llama a esta a pasar de la mera “sistencia” a la “ex-sistencia”, a salir de sí misma, de uno mismo, hacia la relación y la construcción de una sociedad.

No es en modo alguno casual ni cosa de pequeña importancia que la Ilustración, entroncada en la Modernidad renacentista, haya vuelto la mirada hacia la palabra y haya encontrado en ella la base de construcción de una sociedad de hombres libres e iguales. A ese objetivo han de servir y sirven nuestras Academias: a la palabra constructora de esa *civitas* ideal.

La historia de España se ha ido configurando a lo largo de los siglos en la convivencia y mestizaje de varias lenguas, tres de una misma familia y una de origen diverso, pero como ya he apuntado, vinculada al nacimiento de los romances

La teoría menéndezpidalina de que el romance castellano avanzó como cuña que se fue incrustando en los territorios peninsulares absorbiendo cuanto encontraba a su paso, está siendo hoy, como bien sabéis, completada, y aparece el espejo invertido: son las periferias lingüísticas las que van haciendo aportaciones y fijando la configuración del castellano, que pronto se hace de este modo, de fuera hacia dentro, español.

La realidad histórica de España se hace, además, en el diálogo con las otras lenguas. De ahí que, con fidelidad a la historia y como proyecto de la construcción de la *civitas* hispana, nuestra Constitución sustancie ese diálogo en la norma jurídica de la cooficialidad de las lenguas en las respectivas comunidades y declare el conjunto de las modalidades lingüísticas como patrimonio común que todos debemos ayudar a conservar y enriquecer.

No faltan, desde luego, en el desarrollo normativo de esos principios constitucionales, tensiones y puntos conflictivos cuya solución deben y tienen que encontrar los responsables políticos en la línea de promoción, en el conjunto de cada sociedad, del bilingüismo real auspiciado por la Constitución.

Cuando Tomás Meabe publicó aquí en Bilbao su *Fábula de las cigüeñas*, Gabriel Aresti le sugirió este sueño ideal.

“Cierra los ojos y duerme,
Meabe,
pestaña contra pestaña:
No es español quien no sabe,
Meabe,
las cuatro lenguas de España”.

Sueño ideal, sí; pero objetivo de espíritu irrenunciable. Contra toda guerra de lenguas, el proyecto de un diálogo de lenguas, de construcción de la ciudad de las palabras.

En familia acabamos de repasar los proyectos que cada una de nuestras Academias trae entre manos. Entrelacémoslos para trabajar unidos en ese gran proyecto.

Felicidades anticipadas a la Euskaltzaindia por su noventa cumpleaños y gracias por abrirnos la puerta de la Institución en la que nos sentimos como en casa; mejor, en casa.

Víctor García de la Concha